

## Convergentes y paralelas, de Luís Felipe Rodríguez

El naranja de las paredes y la tonalidad de la luz, le daban calidez a la habitación y provocaba el ambiente pretendido. La cama de dos por dos, con cabezal inglés y colchón confortable, junto a un par de sillones Chester y un minibar entre ambos, componían el mobiliario. No había cuadros ni por supuesto televisión. Una puerta lateral, comunicaba con el baño recientemente reformado, moderno y blanco. Los juegos de toallas dobles y amarillos. En un perchero de pie, colgaban los albornoces.

Al estudio dentro de la modesta casa se accedía por una puerta desde el recibidor que tenía una consola con un portarretratos y un viejo paragüero vacío. Frente a ella y siempre cerrada, otra puerta que Virginia nunca traspasó. Había que bajar tres pisos para alcanzar la calle en un barrio a las afueras de la ciudad.

— Siempre que lo dejes como mi casa, puedes utilizarlo. Por cierto, ¿las llaves?

—Se las he dejado junto al bolso rojo de la cadenita.

—Toma, las entradas. Antes de las ocho y media, no vuelvas.

Virginia a sus cuarenta y ocho años mantenía una espléndida figura, el pelo negro y lacio, con un corte francés de los sesenta, enmarcaba una bonita cara. Los labios eran carnosos y sus ojos, rasgados de color oscuro. Se enfundó unos jeans ajustados, una blusa blanca y sobre los hombros una chaqueta de cuero azul marino. Calzaba mocasín rojo. Cogiendo el bolso, salió a la calle. Iba ligeramente maquillada.

Casada, desde los veintidós con un hombre mayor que ella, disponía de una cuenta donde su marido le ingresaba cada mes diez mil euros y a final de año, podía tener un extra de cincuenta mil. Sin hijos, disfrutaba de total libertad.

Antonia entrando en casa abrió la puerta que siempre estaba cerrada y dejó la bolsa de la compra en la cocina, que hacía las veces de todo. Las zapatillas, aliviaron sus pies. Hizo la cama del estudio. Lo demás estaba ya dispuesto. En el baño: dos kits de aseo, las sales, gel, champú, colonia fresca de caballero y su perfume, *Narciso Rodríguez*. Paula la esperaba en el cine. La había sorprendido con la invitación. Hacía un mundo que no pisaba una sala.

Tomó el primer autobús que pasaba y permaneció de pie. A la quinta parada un joven se sentó junto a una de las ventanillas. Virginia fue a ocupar el asiento contiguo. Presionó su muslo y él no lo retiró. Al levantarse, se apoyó en su pierna con descaro. Bajó tras ella, quien paró un taxi e indicó una dirección.

- Ponte cómodo, cielo. Me puedes llamar como quieras. Voy preparando el baño. Mientras, ahí tienes para beber. Eres callado, me gusta.

La película había sido buena y Paula disfrutó muchísimo. Ya en casa, lo de siempre: hervido de patata con judías y tortilla francesa. Oyó la puerta. Enviudó diez años antes, solo podía ser Alberto, su hijo.

— ¿Cómo te ha ido en clase?

— Bien. El profesor, que me dirige el proyecto de fin de grado, me recomienda un máster en la universidad de Oxford, pero no hay becas.

Juan había cenado fuera y Virginia estaba sin apetito, de manera que la doncella interna quedó liberada por esa noche. Unos cinco años atrás decidieron dormir en cuartos separados.

— Ayer fue todo redondo, Antonia. Por cierto ¿Quién es el de la foto?

— ¿Qué foto?

— La del recibidor.

— Ah, mi hijo. Se la hizo en una excursión a Sevilla el año pasado.

— Buen mozo.

- Salió a su padre que en paz descansa. Este año acabará ingeniería. Quiere seguir con un máster en el extranjero pero cuesta un dineral.

La actividad de Virginia fue frenética. Carla le consiguió a través de su banco un décimo de lotería premiado con 75.000 € por el que pagó un recargo del quince por ciento. Antonia, bajo promesa de no decirlo, recibió el décimo. La preinscripción estaba hecha: un posgrado de dos años en la Universidad de *Oxford Brookes* y plaza en el *St Antony's College* por el mismo tiempo. Sólo tenía que cumplimentar un currículum y pagar las matrículas. Ella se matriculó en clases de bridge para profesionales que se impartían en el *Bridge Oxford* y a Juan le pareció una excelente idea.

Antonia quedó encantada con la propuesta: Una amiga de la señora, utilizaría el estudio, mientras ella estuviera de viaje. Llevaría su propio ajuar. Por cada visita, Clara, la nueva usuaria, dejaría quinientos euros para limpieza y mantenimiento. Le pareció exagerado pero no hubo discusión.

Llegó el otoño. Cinco días al mes Virginia iba a sus clases de bridge. Antonia y Paula todas las semanas acudían al cine. A la hora de cenar el jamón acompañaba a la tortilla y de postre fruta de temporada.

Luis Felipe Rodríguez

Abril de 2016